

Bertolt Brecht

Baal

Tambores en la noche

En la jungla de las ciudades

(Teatro completo, 1)

Traducción de Miguel Sáenz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Baal. Trommeln in der Nacht. Im Dickicht der Städte (Gesammelte Werke, Bände, 1-3, Stücke)*

La edición de esta obra se ha realizado con la ayuda del Goethe-Institut, München

Primera edición: 1987

Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Bertolt-Brecht-Erben/Suhrkamp Verlag, 1989. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin

© de la traducción: Miguel Sáenz

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1987, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-515-0

Depósito legal: M. 24.782-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Baal
- 89 Tambores en la noche
- 159 En la jungla de las ciudades
- 241 Acerca de las obras recogidas en este volumen

Baal*

A mi amigo George Pfanzelt

* Copyright 1953 by Suhrkamp Verlag, Berlin

PERSONAJES

Baal, poeta lírico. Mech, comerciante al por mayor y editor. Emilie, su mujer. Dr. Piller, crítico. Johannes Schmidt. Pschierer, Director de Aguas. Un joven. Una señora joven. Johanna. Ekart. Luise, camarera. Las dos hermanas. La dueña de la casa. Sophie Barger. El vagabundo. Lupu. Mjurk. La soubrette. Un pianista. El párroco. Bolleboll. Gougou. El viejo mendigo. Maja la pordiosera. La mujer joven. Watzmann. Una camarera. Dos gendarmes. Carreteros. Campesinos. Leñadores.

CORAL DEL GRAN BAAL

Cuando Baal ya crecía en el seno materno
era pálido el cielo, era grande y eterno,
tan desnudo y tan joven, casi un cielo irreal,
como Baal lo quería, cuando al fin nació Baal.

Y el cielo estaba allí, con pena o alegría,
también si Baal dormido, feliz, no lo veía:
de noche era violeta y Baal un borrachón
devoto en la mañana color melocotón.

Y va de tasca en tasca, iglesia u hospital,
Baal sigue indiferente, cambiando de costumbre.
Por más que esté cansado, jamás se hundirá Baal:
hará bajar al cielo, con toda certidumbre.

En masa vergonzosa de pobres pecadores
se arroja Baal desnudo, revolcándose en paz:
el cielo únicamente, el cielo y sus colores
recubren majestuosos su desnudez procaz.

Y el mundo, mujerzuela que se entrega riendo
a todo el que se deja en sus piernas triturar
le dio algún que otro éxtasis, que le iban complaciendo,
mas Baal nunca moría: no hacía más que mirar.

Y si Baal veía sólo cadáveres en torno
disfrutaba aún el doble, sin ningún embarazo.
Aún hay sitio, decía, no nos causa trastorno,
aún hay sitio, decía, en este amplio regazo.

La mujer, dice Baal, que os lo ha dado ya todo,
¡que se vaya a paseo y que encuentre acomodado!
Nunca teme a los hombres: con mujer, son igual.
Pero teme a los hijos del mismísimo Baal.

Cualquier vicio, no hay duda, siempre sirve de algo,
y también los viciosos, yo ni entro ni salgo.
Si los vicios son buenos, hay que hacer de manera
que se tenga más de uno, porque el tiempo no espera.

Pero no seas vago, no me seas tan flojo.
¡Disfrutar siempre exige, como hay Dios, mucho arrojo!
Hace falta ser fuerte y tener experiencia:
y un gran vientre requiere muchas veces paciencia.

Hacia los gordos buitres Baal levanta la vista,
en el cielo ya esperan el cadáver de Baal.

Pero él se hace el muerto y no hay quien se resista.
Baal se zampa a los buitres, silencioso y genial.

En el Valle de Lágrimas, bajo estrellas sombrías,
pasta Baal en los prados, chasqueando la lengua.
Cuando están ya pelados y han quedado baldíos,
duerme siesta en el bosque, más su sueño no mengua.

Y si el oscuro seno se lo lleva consigo:
¿qué es el mundo para él? Baal está siempre lleno.
Y es que ha sido del cielo tantas veces testigo,
que hasta muerto su cielo es un cielo sereno.

Cuando Baal se pudría ya quizá en el infierno
era pálido el cielo, era grande y eterno,
tan desnudo y tan joven, casi un cielo irreal.
Tal como Baal lo quiso, tal como lo vio Baal.

COMEDOR

Mech, Emilie Mech, Pschierer, Johannes Schmidt, el Dr. Piller, Baal y otros invitados entran por una puerta de dos hojas.

MECH, a Baal: ¿Un poco de vino, señor Baal? *Todos se sientan, Baal en el puesto de honor.*

MECH. ¿Le gustan los cangrejos? Esto es cadáver de anguila.

PILLER, a Mech: Me alegro de que los inmortales poemas del señor Baal, que he tenido el honor de leerle, hayan

merecido su aprobación. *A Baal:* Tiene usted que publicar su poesía. El señor Mech paga como un mecenaz. Podrá usted dejar su buhardilla.

MECH. Compró troncos de canela. Bosques enteros de troncos de canela bajan flotando para mí por los ríos brasileños. Pero publicaré también su poesía.

EMILIE. ¿Vive usted en una buhardilla?

BAAL, *comiendo y bebiendo:* Klaukestrasse 64.

MECH. En realidad, estoy demasiado gordo para la poesía. Pero tiene usted el cráneo como un hombre del archipiélago malayo, que tenía la costumbre de que lo hicieran trabajar a latigazos. Sólo trabajaba enseñando los dientes.

PSCHIERER. Señoras y señores. Lo confieso francamente: me ha conmovido encontrar a un hombre así en condiciones tan modestas. Como ustedes saben, descubrí a nuestro querido maestro en mi oficina cuando era un simple principiante. Me atrevo a decir que es una vergüenza para nuestra ciudad dejar que una personalidad así trabaje a sueldo. Lo felicito, señor Mech, porque su salón será llamado cuna de la fama mundial de este genio, sí señor, genio. ¡A su salud, señor Baal!

BAAL *hace un gesto de rechazo; come.*

PILLER. Escribiré un ensayo sobre usted. ¿Tiene originales? Yo puedo contar con los periódicos.

UN JOVEN. ¿Cómo consigue esa condenada ingenuidad, querido maestro? Es algo realmente homérico. Considero a Homero como una o varias personas, sumamente cultas, que adaptaban con gran gusto la ingenuidad de las epopeyas populares.

UNA SEÑORA JOVEN. A mí me recuerda usted más a Walt Whitman. Pero en más importante. Digo yo.

OTRO HOMBRE. Y, sin embargo, tiene más bien algo de Verhaeren, digo yo.

PILLER. ¡Verlaine! ¡Verlaine! Hasta en su fisonomía. No se olviden de nuestro Lombroso.

BAAL. Un poco más de anguila, por favor.

LA SEÑORA JOVEN. Pero usted tiene la ventaja de ser más impúdico.

JOHANNES. El señor Baal les canta sus poemas a los carreteros. En una taberna, a orillas del río.

EL JOVEN. Santo cielo, usted, maestro, es mejor que todos éstos. Los poetas de hoy no le llegan a la altura del zapato.

EL OTRO HOMBRE. En cualquier caso, es una esperanza.

BAAL. Un poco más de vino, por favor.

EL JOVEN. Lo considero el precursor del gran Mesías de la poesía europea, al que esperamos con absoluta certeza para el futuro más inmediato.

LA SEÑORA JOVEN. Venerado maestro, señores. Permítanme que les lea un poema de la revista *Revolución*, que les interesará igualmente. *Se levanta y lee:*

El poeta evita los acordes luminosos.

Sopla las trompetas, fustiga el tambor.

Levanta a su pueblo con frases cortadas.

El mundo nuevo

estirpando el del tormento,

isla de una Humanidad feliz.

Discursos. Manifiestos.

Cantos en las tribunas.

El nuevo santo, Estado,

predicad la sangre de los pueblos, sangre de su sangre, inoculada.

Comienza el paraíso.

–¡Difundamos una atmósfera de grisú!–
¡Estudid! ¡Preparaos! ¡Adiestraos!

Aplausos.

LA SEÑORA JOVEN, *precipitadamente*: ¡Permítanme! Hay otro poema más en este número. *Lee*:

El sol lo había cocido
el viento lo había secado
los árboles no lo querían,
lo daban siempre de lado.

Sólo un acerollo bueno
poblado de bayas rojas
como con lenguas de fuego,
le dio refugio en sus hojas.

Y allí quedó balanceándose,
sus pies todavía en el suelo.
Y el sol poniente con sangre
bañó sus flancos de duelo,

Y golpeó los olivares
atravesando el paisaje,
Dios, con su túnica blanca
se apareció entre el celaje.

En las campiñas floridas
serpientes cantan su amor,

y en las gargantas de plata
gorjeaba un suave rumor.

Y estaban todos temblando
sobre el follaje frondoso
al oír las manos del Padre
con su veteado hermoso.

Aplausos.

VOCES. Genial. –Demoníaco y, sin embargo, de buen gusto. –Sencillamente divino.

LA SEÑORA JOVEN. En mi opinión, es lo que más se aproxima al sentimiento cósmico de Baal.

MECH. Tendría usted que viajar. Los montes abisinios. Le gustarían.

BAAL. Ellos no vienen a mí.

PILLER. ¿Para qué? ¡Con su sentimiento vital! Sus poemas me han hecho una gran impresión.

BAAL. Los carreteros me pagan algo cuando les gustan.

MECH *bebe*: Publicaré su poesía. Dejaré que vayan a la deriva los troncos de canela o haré ambas cosas.

EMILIE. No deberías beber tanto.

BAAL. No tengo camisas. Unas camisas blancas me vendrían bien.

MECH. ¿No le interesa la cuestión editorial?

BAAL. Pero tendrían que ser suaves.

PILLER, *irónico*: En su opinión, ¿en qué podría serle útil?

EMILIE. Escribe usted unos poemas tan maravillosos, señor Baal. Se muestra en ellos tan delicado.

BAAL, *a Emilie*: ¿No quiere tocarnos algo en el armonio?

Emilie toca.

MECH. Me gusta comer al son del armonio.

EMILIE, *a Baal*: Por favor, no beba tanto, señor Baal.

BAAL, *mirando a Emilie*: ¿Así que flotan troncos de canela para usted, Mech? ¿Bosques enteros talados?

EMILIE. Puede beber cuanto quiera. Sólo era un ruego.

PILLER. También bebiendo promete usted mucho.

BAAL, *a Emilie*: ¡Toque usted más alto! Tiene hermosos brazos.

Emilie se interrumpe y se acerca a la mesa.

PILLER. ¿Es que no le gusta la música en sí?

BAAL. No puedo oír la música. Hablan ustedes demasiado.

PILLER. Es usted un puerco espín extraño, Baal. Parece que no quiere que lo publiquen.

BAAL. ¿No comercia también con animales, Mech?

MECH. ¿Tiene usted algo en contra?

BAAL, *acariciándole a Emilie el brazo*: ¿Por qué le interesan mis poemas?

MECH. Sólo quería hacerle un favor. ¿Por qué no nos pelas unas manzanas, Emilie?

PILLER. Tiene miedo de que lo exploten... ¿No se le ha ocurrido aún en qué podría servirle?

BAAL. ¿Lleva siempre unas mangas tan amplias, Emilie?

EMILIE. Ahora sí que debería dejar el vino.

PSCHIERER. Quizá debiera ser un tanto precavido con el alcohol. Muchos genios...

MECH. ¿No quiere darse un baño? ¿Hago que le preparen una cama? ¿Ha olvidado alguna otra cosa?

PILLER. Ya van río abajo sus camisas, Baal.

BAAL *bebe*: ¿Por qué ese monopolio? Váyase a la cama, Mech.

MECH, *que se ha levantado*: Me gustan todos los animalitos de Dios. Pero con éste no se puede tratar. Vamos, Emilie; vamos, señores.

Todos se han levantado indignados.

VOCES. ¡Señor! –¡Inaudito! –¡Es algo que...!

PSCHIERER. Señor Mech, estoy trastornado...

PILLER. Su poesía tiene algo de perverso.

BAAL, *a Johannes*: ¿Cómo se llama este señor?

JOHANNES. Piller.

BAAL. Piller, puede usted mandarme periódicos viejos.

PILLER, *saliendo*: ¡Para mí usted no existe! Ni existe para la Literatura.

Salen todos menos Baal.

CRIADO, *entrando*: Su abrigo, señor.

BUHARDILLA DE BAAL

Noche estrellada. Junto a la ventana Baal y el joven Johannes. Contemplan el cielo.

BAAL. Cuando se está de noche sobre la hierba, tendido, se siente en los huesos que la Tierra es redonda y que

volamos y que en este astro hay animales que devoran sus plantas. Es uno de los astros más pequeños.

JOHANNES. ¿Sabe algo de astronomía?

BAAL. No.

Silencio.

JOHANNES. Tengo una amada que es la mujer más inocente del mundo, pero en sueños vi una vez cómo la poseía un enebro: su blanco cuerpo estaba tendido sobre el enebro, que la abrazaba con sus ramas nudosas. Desde entonces no puedo dormir.

BAAL. ¿Has visto ya alguna vez ese blanco cuerpo?

JOHANNES. No. Ella es inocente. Hasta sus rodillas... ¿Hay muchos grados de inocencia, no? Sin embargo, cuando a veces, de noche, la acompaño del brazo para dar un paseo, tiembla como una hoja, pero sólo de noche. Y yo soy demasiado débil para hacerlo. Tiene diecisiete años.

BAAL. En tu sueño, ¿le gustaba a ella el amor?

JOHANNES. Sí.

BAAL. ¿Lleva ropa interior blanca en torno al cuerpo, una camisa de nieve entre las rodillas? Cuando la hayas poseído, quizá no sea más que un montón de carne sin rostro.

JOHANNES. Dice usted lo que siento siempre. Yo pensaba que era un cobarde. Comprendo: también usted cree que un abrazo es algo sucio.

BAAL. Eso es lo que gruñen los cerdos cuando no lo consiguen. Pero si estrechas esas caderas virginales, te convertirás en Dios por el miedo y la felicidad de esa

criatura. Lo mismo que el enebro tiene muchas raíces entrelazadas, tendréis muchos miembros en un solo lecho, y allí latirán los corazones y correrá la sangre.

JOHANNES. ¡Pero la Ley lo castiga, y los padres!

BAAL. Tus padres –*coge la guitarra*– son personas anticuadas. ¿Cómo pueden abrir la boca, en la que pueden verse sus dientes podridos, para hablar contra el amor, del que puede morir cualquiera? Porque si no soportáis el amor, tendréis que vomitaros encima. *Afi-
na la guitarra.*

JOHANNES. ¿Se refiere al embarazo?

BAAL, *dando unos acordes bruscos*: Cuando el verano pálido y suave se aleja flotando y ellas están empapadas de amor como esponjas, se convierten de nuevo en animales, malvados y pueriles, deformes con sus vientres abultados y sus pechos colgantes y con brazos pegajosos como viscosos pólipos, y sus cuerpos se desintegran y debilitan hasta morir. Y paren con gritos monstruosos, como si se tratase de un nuevo universo, un pequeño fruto. Vomitarán entre sufrimientos lo que un día absorbieron con lujuria. *Puntea escalas.* Hay que tener dientes; entonces el amor es como cuando se muerde una naranja y el jugo nos chorrea entre los dientes.

JOHANNES. Tiene los dientes de un animal: amarillentos, sólidos, inquietantes.

BAAL. Y el amor es como cuando se deja flotar el brazo desnudo en el agua de un estanque, con algas entre los dedos; como el tormento que empieza a cantar gimiendo ante el árbol borracho sobre el que cabalga el viento salvaje; como un ahogarse a sorbos de

vino en un día caluroso, cuando el cuerpo de ella nos penetra como un vino muy fresco en todos los repliegues de la piel, las articulaciones son suaves como plantas al viento, y la violencia del choque, que cederá, es como volar contra la tempestad, y el cuerpo de ella rueda sobre ti como grava fría. Pero el amor es también como un coco, que es bueno mientras está fresco, y hay que escupir cuando el jugo ha sido exprimido y queda sólo la pulpa, que sabe amargo. *Tira la guitarra.* Pero ya me he cansado de la canción.

JOHANNES. Entonces, ¿quiere usted decir que debo hacerlo, ya que es algo tan bonito?

BAAL. Quiero decir que debes guardarte de hacerlo, ¡Johannes!

TASCA

Mañana. Baal. Carreteros. Ekart al fondo con la camarera Luise. Por la ventana se ven nubes blancas.

BAAL, *contándoles a los carreteros*: Él me echó de sus blancos salones porque vomité su vino. Pero su mujer corrió detrás de mí y, por la noche, hubo una fiesta. Sin embargo, ahora no puedo quitármela de encima y estoy harto.

CARRETEROS. Ésa se merece unos azotes en el trasero. –Son calientes como yeguas, pero más estúpidas. ¡Tendrían que comer ciruelas! –Yo siempre le doy una paliza a la mía, antes de contentarla.

JOHANNES *entra con Johanna*: Ésta es Johanna.

BAAL, *a los carreteros, que se dirigen hacia el fondo*: Ahora estoy con vosotros para cantaros algo. Buenos días, Johanna.

JOHANNA. ¡Johannes me ha leído canciones tuyas!

BAAL. Vaya. ¿Cuántos años tiene?

JOHANNES. Cumplió diecisiete en junio.

JOHANNA. Estoy celosa. Siempre está hablando de usted.

BAAL. ¡Está enamorada de su Johannes! Estamos en primavera. Estoy esperando a Emilie... Amar es mejor que gozar.

JOHANNES. Comprendo que acudan a usted los corazones masculinos, pero ¿cómo puede tener éxito con las mujeres?

EMILIE *entra apresuradamente*.

BAAL. Ahí está. Buenos días, Emilie. Johannes ha traído a su novia. ¡Siéntate!

EMILIE. ¡Cómo puedes citarme aquí! ¡Nada más que chusma, y en esta tasca! Eso es lo que te gusta.

BAAL. ¡Luise! ¡Un aguardiente para la señora!

EMILIE. ¿Quieres dejarme en ridículo?

BAAL. No. Vas a beber. Todos somos humanos.

EMILIE. Tú no eres humano.

BAAL. Eso lo sabes tú. *Le alargó a Luise el vaso*. Sin tacañería, doncella. *La abraza*. Hoy estás condenadamente blanda, como una ciruela.

EMILIE. ¡Qué grosero eres!

BAAL. ¡Grítalo más alto, amada!

JOHANNES. En cualquier caso, esto es interesante. La gente sencilla. ¡Cómo bebe y se divierte! ¡Y esas nubes en la ventana!

EMILIE. ¿También lo ha arrastrado aquí? ¿A esas nubes blancas?

JOHANNA. ¿No sería mejor que nos fuéramos a los prados del río, Johannes?

BAAL. ¡Nada de eso! ¡Nos quedamos aquí! *Bebe.* El cielo es violeta, sobre todo si se está borracho. La camas en cambio son blancas. Antes. Hay amor entre el cielo y la tierra. *Bebe.* ¿Por qué sois tan cobardes? ¡El cielo está abierto, pequeñas sombras! ¡Lleno de cuerpos! ¡Pálido de amor!

EMILIE. Otra vez has bebido demasiado y ahora parlo-teas. ¡Pero con ese maldito y maravilloso parloteo la lleva a una a donde quiere!

BAAL. El cielo –*bebe*– es también amarillo a veces. Con aves de rapiña. Tenéis que emborracharos. *Mira bajo la mesa.* ¿Quién me está dando en la espinilla? ¿Eres tú, Luise? ¡Ah: eres tú, Emilie! Bueno, no importa. ¡Bebe!

EMILIE, *levantándose a medias:* No sé qué te pasa hoy. Quizás he hecho mal en venir.

BAAL. ¿Ahora te das cuenta? Pero te puedes quedar tranquilamente.

JOHANNA. No debería usted ser así, señor Baal.

BAAL. Tiene buen corazón, Johanna. ¿No engaña alguna vez a su marido, eh?

UN CARRETERO, *relinchando:* ¡La puta de triunfo! ¡Mato!

SEGUNDO CARRETERO. ¡Sigue dándole, dijo la fulana, que ya hemos pasado lo peor! *Risas.* ¡Tendría que tragar ciruelas!

TERCER CARRETERO. ¡Tendrías que avergonzarte de serme infiel!, dijo la señora al mozo, que estaba acostado con la criada.

Risas.

JOHANNES, *a Baal*: ¡Hazlo por Johanna, que es una niña!
JOHANNA, *a Emilie*: ¿Quiere venir conmigo? Nos iremos
las dos.

EMILIE, *sollozando sobre la mesa*: Ahora me avergüenzo.

JOHANNA, *rodeándola con el brazo*: La entiendo muy
bien, no importa.

EMILIE. ¡No me mire así! Usted es muy joven aún. No
sabe nada de nada.

BAAL, *levantándose sombrío*: Comedia: ¡Las hermanas
en los infiernos!

*Se acerca a los carreteros, coge la guitarra de la pared y
la afina.*

JOHANNA. Está bebido, señora. Mañana se arrepentirá.

EMILIE. Si usted supiera: siempre es así. Y yo le quiero.

BAAL *canta*:

Orge me decía:

El más bello sitio que en la tierra existe
no es sin duda el césped de una tumba triste.

Nunca es una iglesia, ni un lecho de puta,
ni es ese regazo donde se disfruta.

Orge me decía que si está en un brete
no hay sitio más bello que algún buen retrete.